

el que toda la gastó en defensa de la fé, y conservacion de la justicia, Cárlos V, emperador, rey de las Españas, cristianísimo, invictísimo. Murió á 21 de Setiembre de 1558.

La azotéa es una que la ciudad de Plasencia mandó edificar á sus espensas para recreo del monje emperador, con un magnífico espolon (hoy muy deteriorado) que sobre un arco se elevaba hasta la misma desde la puerta exterior del jardin; por esta última salia de paseo á caballo el César por no consentir ruedas la fragosidad del terreno. Aun se conserva inmediata á la columna izquierda ó entrada á la azotéa, la banqueta de piedra de que usaba para montar.

Á estos, como decíamos, se hallan reducidos todos los recuerdos de Cárlos V en Yuste.

Y ahora que hemos hablado del emperador, pasemos á hablar del duque, aun cuando exigiera la fecha que le hubiésemos citado el primero. No obstante, si las fechas lo reclamaban así, la gerarquía ha exigido lo contrario.

Á todo señor todo honor. Hemos creido deber empezar por el César, y era lo menos que podíamos hacer en obsequio del hombre ante quien, como ha dicho el poeta,

cayeron los dos mundos de rodillas.

Nos aguarda ahora el duque de Arévalo con su terrible y curiosa historia.

II.

DE COMO UNA PALIZA PUEDE HACER UN PAJE DE UN MOZO DE CUADRA.

Por una hermosa mañana de abril, á hora en que ya el sol se levantaba espléndido señoreando el espacio, un jóven corria con toda la celeridad que podian presentarle sus buenas piernas, siguiendo un camino á cada uno de cuyos lados se alzaba una hilera de hayas.

Era una deliciosa mañana. Los campos estendian sus alfombras de verdura por entre la que pasaban rumorosos mansos arroyuelos que á lo lejos parecian desarrolladas cintas de plata; los árboles dejaban ondear sus penachos verdes, y escondidos entre las matas de mirto y arrayan, los parleros pájaros despedian suaves trinos como si saludaran gozosos la llegada de la risueña primavera.

La naturaleza toda vestia su rico manto de gala, pero ninguna de las maravillas de la creacion, tan digna en aquel plácido momento de atraerse las miradas de cualquier viajero, era capaz de influir en el jóven de que hemos hablado para hacerle detener en su impetuosa carrera y hacerle fijar, ni aun por un breve instante, sus ojos en los prados que no lejos de él se estendian lujosamente engalanados con sus trajes de sol y de verdura.

Examinemos con alguna atencion al primer personaje que se nos presenta, ya que está destinado á hacer un principal papel en nuestra curiosa historia.

Era casi un niño. Podia tener todo lo mas quince años, pero sus facciones, tostadas por el sol, estaban enérgicamente pronunciadas, y en ellas se leia un rasgo de inteligencia superior á su edad. Sus ojos eran grandes y hermosos, uniendo á su natural atractivo, una vaga espresion de melancólica dulzura que esparcia por su rostro ese animado sentimiento, hijo del alma, que se vende en el menor de los gestos y se traduce en el mas insignificante de los rasgos. Sus cabellos negros caian con descuido y en profusion sobre su cuello, que dejaba en gran parte descubierto una especie de tonelete de color verde oscuro, atado á su gallardo talle por una grosera correa en la que, quien de cerca la hubiese examinado, hubiera visto toscamente esculpidas las armas de la noble familia de los Pimentel. Unos á manera de calzones flotantes y agujereados le llegaban hasta mas abajo de la rodilla, y unos botines que en otro tiempo habian sin duda sido de ante, pero que estaban ciertamente en bien mal estado y habian perdido ya su primitivo color, le resguardaban los piés. Tal era el sencillo, pobre y particular traje de nuestro jóven, en cuyas sueltas y naturales maneras es preciso confesar que se notaba la elegancia característica á las organizaciones privilegiadas que adquieren su desarrollo en el continuado ejercicio de una vida sóbria y de incesante actividad.

Por lo demás, en el momento en que se fijan en él nuestras miradas, gruesas gotas de sudor se deslizaban por su rostro y todos sus miembros demostraban el mayor cansancio. Una hora hacia ya que corria sin reposo.

El fin de su viaje y tambien de su carrera, debia ser sin duda un soberbio y majestuoso castillo que se elevaba al extremo de la citada calle

de hayas, castillo cuya importancia sobradamente revelaban sus anchos fosos, sus robustos muros coronados de innumerables almenas, sus torreones octóganos, su vasta estension, y la bandera señorial que flotaba orgullosa en su torre del homenaje. A pocos pasos de la puerta principal de este imponente edificio, se veia, en el instante en que hemos separado los ojos del jóven para clavarlos en el castillo, un grupo compuesto de tres hombres.

Los tres parecian servidores á juzgar por su humilde exterior y modesta compostura, pero de los tres, uno se daba ciertos aires de petulancia y superioridad que podia sin duda permitírseles, puesto que los otros dos no trataban de reprimirlos ni censurarlos, antes bien manifestaban en sus ademanes estar prontos á obedecer sus órdenes.

El que, pues, indicaba con su cabeza erguida, su estirado cuerpo, sus labios ligeramente prolongados en señal de desprecio y de orgullo, ser ó pretendér ser superior á los otros, se hallaba subido sobre un monton de leña, allí por casualidad agrupada, y desde él, en pié, puesta la mano ante los ojos en forma de visera para resguardarlos de los rayos del sol, miraba atentamente en direccion del camino de hayas que ante él estendia su pulida sábana de arena. No tardó su vista en tropezar con nuestro jóven corredor, y sin duda era este ni mas ni menos el objeto que con tanta atencion buscaba, pues que en seguida dejó de mirar, y bajándose del monton de leña, brillantes sus ojitos pardos de un salvaje júbilo, les dijo á sus camaradas.

— Ah! ah! ya le tenemos aquí; buen merecido va á llevar. Id á buscarme un par de varas bien recias, y aguardadnos en el patio mayor. Vivo!

Y dada esta orden que obedientes los dos servidores partieron á cumplir, el que de tal modo habia hablado se restregó las manos como un hombre satisfecho, y se puso en seguida á dar paseos con un aire de petulancia por delante de las puertas del castillo.

No tardó en llegar nuestro jóven héroe bañado en sudor, jadeante, rendido de fatiga, y al ver al tranquilo paseante, y al leer en su rostro burlon algo que no debió sin duda de agradarle, se detuvo repentinamente y se puso á temblar de todos sus miembros.

El palafrenero mayor del castillo de Benavente — que tal era su grado y categoría — dió algunos pasos hácia el jóven y, cogiéndole por una oreja que retorcó sin piedad entre sus dedos de hierro, exclamó:

— Ola! ola! rapazuelo! con que por fin hemos llegado?... Gracias á Dios! No se ha hecho esperar poco el caballero!

— Señor Martín.... — balbuceó el jóven sin atreverse á proseguir.

— Y dígame el señorito, — continuó el palafrenero sin abandonar su tono sarcástico y sin dejar de retorcer la aprisionada oreja — qué hora es por los sitios de donde llega tan sudado y tan apresuradamente?

— Señor Martín!..... volvió á decir el rapaz cuyos ojos se llenaron de lágrimas arrancadas sin duda por el dolor.

— Pues son las once ni mas ni menos, y desde las ocho que están los caballos esperando que se les lleve á beber al rio como es costumbre. Con que, hay quien abandona sus deberes y obligaciones para ir á correr y jugar por los campos?.... Bueno, pues yo he de hacerle trabar al tál estrechas relaciones con una vara, y veremos si le quedan ganas para salir otro dia de madrugada á corretear por la vega.

El pobre niño dejó escapar un sollozo.

— Señor Martín, — exclamó levantando hácia el palafrenero su espresivo rostro bañado de lágrimas — he ido á ver á mi madre que está enferma.

— Escusa para escapar al castigo. Yo sé quien te ha visto salir á las cuatro de la madrugada del castillo.

— Es que espresamente he partido á esa hora creyendo poder estar de vuelta á las ocho, pero mi pobre madre está muy enferma y me he detenido á su lado mas tiempo del que pensaba.

— A otro con esas, hijo mio! Aquí no cuelan! — prosiguió el inflexible Martín. — Llevarás tu merecido, y por la salud de nuestro rey y señor, que Dios proteja, Don Enrique IV, te juro que no se te ha de hacer gracia ni de uno solo de los diez y ocho palos que van á soportar tus costillas.

— Por la Virgen Santísima, señor Martín! — exclamó el muchacho plegando las manos y dejándose caer de rodillas.

— Así aprenderás á no descuidar tus deberes, haragan!

Y dándole una recia sacudida que le hizo poner en pié, el palafrenero cogió por el brazo al muchacho y se lo llevó lloroso y casi arrastrando hácia el castillo en donde no tardaron los dos en penetrar.

Los dos servidores que antes de llegar el muchacho hemos visto marcharse para cumplir la orden de Martín, estaban ya en el patio aguardándole, provistos cada uno de una vara de encina larga y nudosa. Otros dos ó tres criados se paseaban por allí.

— A ver! — gritó el palafrenero á estos últimos, — acercaos y desnudadme á ese bribon hasta la cintura.

Martín ejercía una especie de superioridad sobre todos los criados del cas-

tillo, los cuales acostumbraban á obedecerle siempre sin réplica. Era el palafrenero un hombre malo, un corazón perverso; solo gozaba cuando podia hacer daño; tenia algo de la hiena á la que, como es sabido, le agrada cebarse en sus presas. Todos, pues, en el castillo le odiaban, pero por lo mismo, como siempre sucede, todos le obedecian sumisos. El buen anciano D. Rodrigo Alonso de Pimentel, conde de Benavente y señor del castillo, guardaba hacia muchos años á Martín que le habia acompañado en la mayor parte de sus hechos de armas y le conservaba cierto cariño en memoria de los servicios que el palafrenero no habia dejado en varias ocasiones de prestarle. Esta bondad, ó mejor diríamos tolerancia del viejo conde era la que daba alas al orgullo del servidor que, escudado por la proteccion de Don Rodrigo, no temia nada y obraba con respeto á los demás criados con una superioridad y un despotismo de dueño.

Los servidores á quienes habia Martín dirigido la palabra se acercaron al muchacho y, á pesar de su resistencia, de sus gritos, de sus protestas y lágrimas, le desnudaron hasta la cintura como les habia mandado el palafrenero. Tendiéndole en seguida en el suelo, le ataron boca abajo á una gruesa viga que se veía en un rincón del patio.

Mientras que allí tenia lugar esta escena, y en tanto que los criados, á la orden de Martín, levantaban sus varas sobre el desdichado jóven que exhalaba unos gritos capaces de enternecer las piedras menos duras que el corazón del petulante palafrenero; en una vasta estancia del castillo, una hermosa niña de tez sonrosada, ojos azules y cabello rubio como una madeja de oro, estaba sentada en un cojín á los piés del conde de Benavente escuchando estática al buen anciano de Pimentel que, hundido en un primoroso sillón de terciopelo recamado de oro, le contaba las glorias de su familia y las victorias contra moros alcanzadas. Atendia la jóven con admiración á la conversacion del viejo y achacoso caballero, que, contra la costumbre de la época, era mas bien el padre que el señor de sus vasallos. Contaba el buen conde, con toda la franca naturalidad de su alma bondadosa, los mas señalados hechos de su vida, y referia á la niña cuando y de que modo tomara juramento á Don Juan II de Castilla; cómo ajustara la paz entre este y el rey de Portugal Don Alonso V el Africano; como trajera de aquel reino á la infanta Doña Blanca para casarla con el rey Enrique IV; cuanto tiempo pasara de embajador de Don Juan II en la corte de Carlos IV de Francia, y en otras mil cosas por el estilo, que aunque no todas comprensibles para la hermosa niña, habian sin embargo logrado tenerla absorta y distraida, lo bastante para no oír, como oyó su abuelo — el conde era en efecto su abuelo — los penetrantes y agudos gritos que partian del patio del castillo.

A dicho patio daban las ventanas de la estancia en que el anciano conde tenia con su relacion tan embelesada á la niña.

—Qué tienes? — preguntó la niña á Don Rodrigo viendo que dejaba de hablar.

—Qué gritos son esos? — dijo el anciano indicando una de las ventanas entreabiertas.

La niña prestó atencion.

—En efecto, son gritos y sollozos. Voy á ver lo que sucede.

Y poniéndose en pié de un salto se colocó junto á la ojiva y dirigió una mirada al patio. Lo que vió arrancóle un grito de dolor.

—Ay! padre mio, — exclamó con acento compasivo, — están cruelmente azotando á un niño.

—Azotando! repitió admirado el anciano, — y quién se atreve á ejercer un acto de justicia en mi castillo sin yo saberlo?

El conde se levantó trabajosamente de su dorado sillón y se arrastró hácia la ventana donde estaba asomada Leonor.

Toda la bulla provenia efectivamente de los golpes que descargaban dos criados sobre las desnudas espaldas del pobre muchacho, á quien el dolor arrancaba los gritos y sollozos que habian ido á turbar la conversacion del señor del castillo con su nieta.

—Qué le haceis á ese infeliz, Martin? — gritó con voz colérica Don Rodrigo.

Á esta voz tan conocida de todos, los criados suspendieron su cruel tarea y se volvieron respetuosos hácia la ventana por donde asomaba la venerable faz del anciano caballero. Martin se descubrió con humildad y dando algunos pasos exclamó dirigiéndose al conde:

—Señor, le estaba haciendo dar una paliza por haragan y desobediente. Es el mozo de cuadra que tiene por obligacion llevar los caballos á beber al rio todos los dias á las ocho; y el rapazuelo, despues de haberse marchado esta madrugada á las cuatro, no ha comparecido hasta las once dadas.

El muchacho entonces levantó la cabeza todo lo que le permitió el modo bárbaro como á la viga le tenian atado, y alzando hácia la ventana su rostro por el que se deslizaban amargas lágrimas, exclamó con un acento que conmovió juntamente á la niña y al anciano:

—He ido á ver á mi madre que está moribunda, señor.

Dijo, y los sollozos ahogaron su voz.

—Haz que le suelten, padre mio! exclamó Leonor enternecida.

—Martin, — gritó el conde, — desatad á ese muchacho, y cuidado que vuelva á suceder otra vez permitirse nadie en mi castillo actos de justicia sin yo tener noticia.

El humillado palafrenero se inclinó, y los demás criados, que gozaban en la confusion y vergüenza de Martin, se apresuraron á obedecer la orden de Don Rodrigo.

Visiblemente conmovida por aquella escena, la niña no podia apartar sus ojos del lloroso jóven.

—Padre mio, — exclamó Leonor, — mandad que suba ese pobre muchacho.

—Porqué ese capricho, querida mia?

—Es que me dá mucha lástima.

—No seria mejor echarle algunas monedas?

—Oh, nó, no basta!.... Yo quisiera hacer algo por él. Pobre infeliz! Castigarle tan dura y tan cruelmente por haber ido á visitar á su madre enferma!.... Sabes lo que digo, padre? que ese Martin debe ser un hombre de malas entrañas; tiene los ojos atravesados, y he oido decir que todos los que tienen los ojos atravesados son hombres de mal corazon.

El anciano se sonrió.

—Sea como tú quieras, — dijo.

Y mandó hacer subir al muchacho, que no tardó en presentarse en la estancia y ante sus señores, tímido y confuso por meced tan señalada.

Habian ya desaparecido las lágrimas de su rostro, pero quedábanle las huellas de su profundo dolor pasado, y esto aumentaba con nuevo atractivo la simpática expresion de melancolía que en sus inteligentes facciones se notaba; sus ojos hinchados y enrojecidos por el llanto no habian perdido la clara y característica mirada que les distinguia, y apesar de su traje hecho girones y manchado, sus modales eran tan nobles que se hubiera dicho no ser aquel su verdadero traje. Llevaba su vestido roto con la misma elegancia que un doncel sus galas de seda y oro.

Leonor, á quien la situacion y el exterior del jóven habian conmovido, se le acercó presurosa.

—Cómo te llamas? — le preguntó.

—Sancho Sanchez, — tartamudeó el muchacho bajando los ojos ante el aspecto de aquella jóven deslumbrante de galas y hermosura que con tan afectuoso acento le dirigia la palabra.

—Pues bien, Sancho Sanchez, — prosiguió la niña introduciendo su mano

en la bordada escarcela de plata y oro que pendía á su lado y sacando un puñado de monedas que alargó al muchacho, —ahí tienes con que por el pronto socorrer á tu pobre madre; vé, corre á darle este dinero que puede serle útil en su enfermedad y vuelve pronto, porque de hoy en adelante eres mi paje.

—Tu paje? —esclamó sorprendido el anciano ante el caballeresco arranque de la tierna niña.

—Sí, mi paje, padre mio, si tú me lo permites, —se apresuró á decir Leonor con bondad y con firmeza al mismo tiempo. —La generosidad ha sido siempre el distintivo de los de Pimentel, tú me lo has dicho.

El anciano adoraba á su nieta. Su contestacion fué abrazarla é imprimir un beso en su frente.

—Mi madre os deberá la vida! —esclamó el nuevo paje cayendo de rodillas y besando la orla del vestido de Leonor.

En seguida, radiante de gozo, Sancho Sanchez tomó el dinero que le alargaba la jóven y se precipitó fuera de la estancia. Á poco, todos los sirvientes del castillo pudieron verle atravesar el puente levadizo y tomar corriendo la direccion de la aldea donde vivia su anciana madre.

Cuando Sancho hubo abandonado la estancia, Leonor, con uno de aquellos mimos tan familiares á las niñas, se acercó al conde y le dijo, sentándose en sus rodillas:

—Ahora, me vas á hacer otro favor, buen padre mio!

—Un nuevo capricho? —dijo el conde.

—No, un acto de justicia! Martin es muy malo, tiene los ojos atravesados, ya te lo he dicho. La inhumanidad que ha cometido con ese muchacho, me le hace odioso para siempre, y jamás le podria volver á ver sin temblar y sin estremecerme. Despídele!

—Estás en tu juicio, niña?... Despedir á Martin, un servidor que hace una infinidad de años que está conmigo?

—Bueno, no le despidas, pero yo te digo que no será él quien cuide de mi palafren, ni quien me ayude á montar, ni quien me acompañe en mis paseos. Nó, nó! y lloraré cada vez que le vea porque me dará miedo, y si un dia se me acerca, me pondré á dar gritos como una loca.

—Pero, Leonor.....

—Nada, nada. Haz lo que quieras; lo que es yo te he dicho ya mi resolucion.

Y abandonando la niña el familiar asiento que habia buscado en las rodillas

del anciano, fuése al otro extremo de la estancia y se sentó en un taburete dando la espalda á su abuelo y golpeando impaciente y coléricamente el suelo con su lindo piececito.

—Vamos, no te enfades por tan poca cosa, —esclamó entónces el anciano caballero sonriendo ante la cólera infantil de Leonor; —se hará como tú quieres, se despedirá á Martin.

La niña se echó en sus brazos é inundó el rostro del conde de besos y de lágrimas de agradecimiento.

Al siguiente dia Martin recibia la órden de salir del palacio feudal, y Sancho Sanchez quedaba convertido el paje mas gallardo de toda Castilla. No se hablaba de otra cosa en la mansion del conde de Benavente que de la repentina elevacion del mozo de cuadra á paje de la condesita. Envidiosos de tan súbita transformacion, los demás pajes dieron en insultar á Sancho y en despreciarle, pero todos fueron uno tras otro despedidos en castigo de sus demasías.

La condesita le habia tomado bajo su proteccion, y llegó bien pronto á ser tan respetado como si perteneciera á la ilustre casa de Pimentel.

Por lo que toca á Martin no se volvió á oír hablar de él. Habia desaparecido. No obstante, los que se preciaban de conocerle un poco á fondo, decian que al partir del castillo habia hecho un juramento de venganza, y que Martin era muy hombre para llevar á cabo un juramento de esta clase.

III.

COMO DE DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

EMPEZÓ Leonor á tomarle tanto cariño al nuevo paje que no podia estar sin él. Haciale tañer á cada momento el laud y cantar trovas caballerescas, juga-